

—y hasta pensaba hacerlo esta mañana, pues deseo visitar á esa dama si papá y la señora General no hallan en ello ningún inconveniente.

—Muy bien, Amy; me alegro de que expreses el deseo de trabar conocimiento con alguien en Venecia; pero falta saber si los señores Gowan son personas con quienes convenga relacionarse.

—Yo no hablo más que de la señora Gowan, querida Fanny.

—Ya lo sé; pero si no me engaño, no puedes separar al marido de la mujer sin acta del Parlamento.

—¿Piensa usted, papá—preguntó la niña Dórrit con timidez,—que pueda haber razones para impedirme hacer esta visita?

—Verdaderamente—replicó el padre,—yo no... ¡hem!... ¿Qué opina la señora General?

La viuda contestó que, no teniendo el honor de conocer á los señores Gowan, debía limitarse á observar que, según el gran principio adoptado por la gente de buen tono, esto dependía mucho del rango de las personas que debieran presentar la dama extranjera á una familia tan distinguida como la de los Dórrit.

El joven Eduardo, con su lente en el ojo, mandó á los criados altivamente que se retirasen, y cuando lo hubieron hecho, intervino en la conversación.

—Para gobierno de ustedes—dijo,—tal vez convenga manifestarles que esos Gowan, y adviértase que no me inclino en su favor, ni mucho menos por lo que hace al esposo, están relacionados con gente de gran valía.

—En mi concepto—dijo la señora General,—esto puede influir mucho. Si los jóvenes esposos están verdaderamente relacionados con personas de importancia y distinción...

—En cuanto á eso—interrumpió Eduardo Dórrit,—usted misma podrá juzgar. ¿Conoce usted, al menos de nombre, al famoso Merdle?

—¡El gran Merdle!—exclamó la viuda.

—El mismo—replicó Eduardo...—la viuda, la madre del individuo que se llama Gowan, es amiga de la señora Merdle.

—En tal caso—dijo la señora General,—no puede haber mejor garantía.

—Yo preguntaría á mi hijo... por pura curiosidad...—dijo el padre,—cómo ha obtenido esta noticia... ¡hem!... tan oportuna.

—Es muy sencillo—replicó Eduardo,—lo diré al punto. Por

de pronto, la señora Merdle es la dama con quien usted tuvo una breve conversación en el patio del hotel de...

—De Martigny—interrumpió Fanny con cierta languidez.

—Sí, de Martigny—repitió el hermano dirigiendo á la ex-bailarina una mirada que la hizo ruborizar.

—¿Cómo es eso?—preguntó el padre.—¿No me has dicho que el joven caballero con quien hablaste se llama Sparkler?

—Ciertamente, padre, pero esta no es una razón para que su madre tenga el mismo nombre, puesto que la señora Merdle es una viuda casada en segundas nupcias, y tiene hijo del primer esposo. Ayer pasé la noche con Sparkler, y les aseguro que es un excelente muchacho, pero se ha encaprichado de tal modo por cierta señorita, que está fastidioso. (Al decir esto, el joven fijó una maliciosa mirada en Fanny.)

—En este caso—dijo el señor Dórrit,—creo expresar mi opinión y la de la señora General al decir que no veo inconveniente... ¡hem!... en satisfacer tu deseo, Amy; y hasta consideraré esta circunstancia como un feliz augurio. No hay el menor inconveniente en relacionarse con semejantes personas, y hasta es bueno conocerlas. El señor Merdle goza de una reputación... ¡hem!... universal; sus empresas son gigantescas y le producen sumas tan enormes, que se le puede considerar como uno de los bienhechores del país. El señor Merdle representa el gran hombre de la época moderna; su nombre es el de nuestro siglo; y por lo tanto os ruego que tratéis con mucha cortesía á los señores Gowan, cuyas relaciones nos conviene cultivar.

Esta generosa concesión puso fin al debate, sin que nadie notara que el tío Federico había rechazado su plato, olvidando al parecer su almuerzo, pues excepto la niña Dórrit, nadie fijaba mucho la atención en él. La señora General se levantó muy pronto de la mesa, así como también la niña Dórrit, que había manifestado deseos de retirarse á su cuarto. Cuando sólo quedaban en el comedor Fanny y Eduardo, que hablaban en voz baja, y el señor Guillermo Dórrit, que comía higos, leyendo al mismo tiempo un diario francés, el anciano tío llamó la atención de todos en un momento dado, pues levantóse bruscamente, y descargando un puñetazo en la mesa, exclamó con acento airado:

—¡Hermano, yo protesto!

El padre y los dos hijos enmudecieron de asombro al ver aquello; Guillermo Dórrit dejó caer el diario que tenía en una mano, permaneciendo inmóvil con un higo en la otra.



—Hermano—continuó el tío con voz que había dejado de ser temblorosa,—repito que protesto. Yo te amo; ya sabes cuánto cariño te profeso, y no ignoras que en mis años de desgracia jamás te hice traición ni una sola vez, ni siquiera de pensamiento. Por débil que sea, mi mano caerá sobre quien hablare mal de ti; pero... ¡hermano, hermano, yo protesto!

Era ciertamente cosa extraordinaria ver al anciano expresarse con tanta energía; sus ojos fulguraban; en su mirada reconocíase una firme resolución, que no se había observado hacía veinticinco años, y su mano parecía dotada de un vigor que comunicaba mayor fuerza á su ademán.

—Querido Federico—dijo Guillermo Dórrit con tono cariñoso,—¿qué tienes? ¿de qué te quejas?

—¿Cómo te atreves—prosiguió el tío dirigiendo la palabra á Fanny,—cómo te atreves á portarte así?... ¿Has perdido la memoria? ¿No tienes corazón?

—¡Tío!—exclamó Fanny atemorizada y rompiendo á llorar,—¿por qué me reprende usted de ese modo? ¿Qué he hecho yo?

—¿Lo que has hecho?—replicó el anciano señalando la silla que la niña Dórrit acababa de abandonar.—¿Dónde está tu cariñosa amiga, que vale más que todas las riquezas del mundo? ¿Dónde está tu fiel guardiana? ¿Dónde está la que ha sido para ti más que una madre? ¿Cómo osas anteponte á la que lo fué todo para ti? ¡No tienes vergüenza, hermana desnaturalizada!

—Yo amo á Amy—repuso Fanny llorando y sollozando...—la amo más que á mi vida, y no merezco semejante reprehensión; quisiera morir antes que ser tratada tan cruelmente... todo porque procuro que se respete á la familia.

—¡Vaya al diablo el respeto á la familia!—gritó el anciano con aire de indignación.—¡Hermano, yo protesto con el orgullo, y protesto porque, sabiendo lo que sabemos, y después de ver lo que hemos visto, ninguno de nosotros tiene derecho á despreciar á la pobre Amy ni causarle el menor pesar. Todo lo que tendiere á esto sería odioso y más que suficiente para atraer sobre nuestras cabezas la venganza del cielo. ¡Hermano, protesto ante Dios contra toda pretensión de este género!

Así diciendo, dejó caer sobre la mesa la mano que tenía levantada, con tal vigor, que hubiera podido creerse que era la de un hombre fornido y robusto; pero cinco minutos des-

pués el anciano se calmó, y dirigiéndose á su hermano, díjole con humildad:

—Guillermo, amigo mío, me he creído en el deber de hablar; dispénsame; no he podido menos de hacerlo así.

Y sin añadir una palabra más, el anciano salió del comedor tan encorvado como acostumbraba á salir en otro tiempo de la prisión de la Mariscalía.

Entre tanto, Fanny no había dejado de llorar y sollozar; Eduardo, harto sorprendido, estaba con la boca abierta, sin pronunciar una sola palabra, y el señor Dórrit, mudo de asombro, no sabía qué decir. Fanny fué la primera en romper el silencio.

—¡Jamás—exclamó,—jamás se me ha tratado de esta manera; jamás se me ha dirigido tan dura é injusta reprehensión; jamás oí tan violentas y crueles palabras! ¡Querida Amy! ¿Qué diría si supiera que, sin saberlo, acaba de servir de pretexto para semejante malignidad? Pero no lo sabrá nunca; no, querida hermana mía, nunca lo sabrás.

Estas exclamaciones indujeron al señor Dórrit á romper el silencio que había guardado hasta entonces.

—Hija mía—dijo á Fanny,—yo... ¡hem!... apruebo tu resolución; vale más... ¡hem!... no decir á tu hermana lo que acaba de pasar, porque esto podría... ¡hem!... disgustarla. Debemos evitar, pues, que sepa lo más mínimo de esto.

—¡Pero qué crueldad la de mi tío!—exclamó Fanny.—¡Oh! jamás podré perdonársela.

—Hija mía—repuso Dórrit con su entonación habitual, aunque estaba más pálido que de costumbre,—debo rogarte que no hables así; recuerda que tu tío no es... ¡hem!... lo que era; no olvides que el estado de tu tío exige... ¡hem!... toda nuestra compasión.

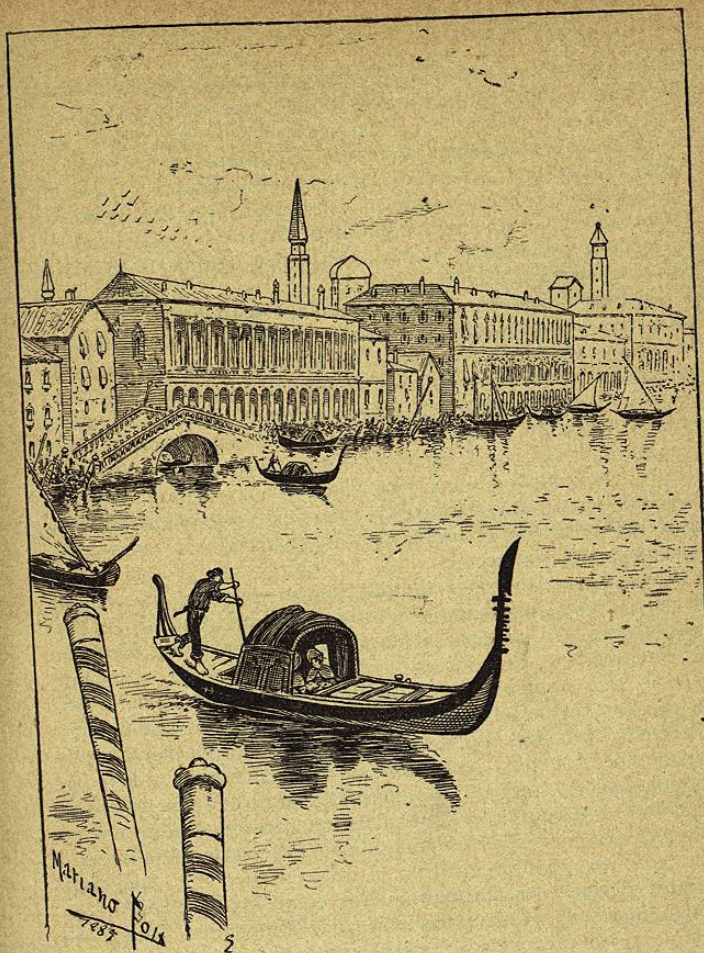
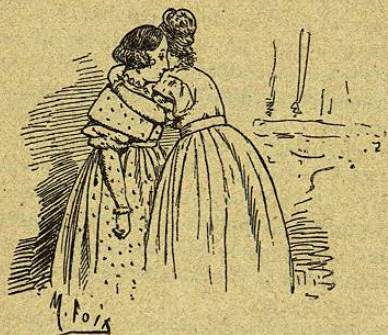
—Y sin embargo—replicó Fanny con voz angustiada,—no es injusto suponer que para mi tío algo ocurre que le disgusta, pues á no ser así, jamás me hubiera tratado como acaba de hacerlo.

—Fanny—repuso el padre con tono de piedad paternal,—ya sabes que tu tío, á pesar de todas sus buenas cualidades, no es más que una... ¡hem!... una ruina; y por lo tanto, te suplico, en nombre del afecto que me inspira y de la fidelidad de que le he dado tantas pruebas, que procures no herir mis sentimientos fraternales.

Así terminó aquella escena de familia: Eduardo Dórrit, que



no había pronunciado una sola palabra, estuvo hasta el fin perplejo y aturdido. Fanny mostró aquel día los más afectuosos sentimientos de su hermana, porque sólo se ocupó en hacer caricias á la niña Dórrit, regalarle algunos de sus dijes, y decirle que quisiera haber muerto.



## CAPITULO VI

### Algo marcha

Gracias á la charlatanería de Enrique Gowan, no se tardó en saber en todos los sitios donde el artista se presentaba con su esposa, que se había casado sin consultar á su ilustre familia, á la cual costó mucho acceder á semejante enlace. Go-